

Y se dirigió al comedor con bastante prisa, porque ya estaba servido el almuerzo.

El señor Sariette corrió hacia el pabellón. Era verdad lo que acababa de decirle Mauricio. Allí había un centenar de volúmenes sobre las mesas, sobre las sillas o amontonados en el suelo. Ante aquel espectáculo, entre alegre y temeroso, turbado por la sorpresa, feliz al encontrar su perdido tesoro y temeroso ante la idea de perderlo nuevamente, el hombre de los libros ya gorgjeaba como un niño de pecho, ya prorrumpía en roncocos alaridos como un loco. Reconoció sus biblias hebraicas, sus viejos talmudes, su antiquísimo manuscrito de Flavius Josefus, sus cartas de Gassendi a Gabriel Naudé y su más preciosa joya, el *Lucrecio* con el escudo de Felipe de Vendome, anotado por Voltaire. Lloraba y reía, besaba los tafletés, los pergaminos, los becerros, las vitelas, las tapas de madera claveteada.

A medida que Hipólito, el ayuda de cámara, se los llevaba a la biblioteca, el señor Sariette, con manos trémulas iba colocándolos piadosamente en su lugar.

CAPÍTULO VII

De sumo interés y de una moralidad que me prometo ha de ser muy agradable a la mayoría de los lectores, formulada en este grito doloroso: «¿Adónde me conduces, imaginación?», porque sin duda es dañino pensar, y la verdadera sabiduría consiste en no pensar nada.

Todos los libros se hallaban de nuevo colocados en sus estantes y sujetos a la vigilancia piadosa del señor Sariette, pero esta conjunción afortunada sólo duró un momento: aquella misma noche desaparecieron veinte volúmenes y entre ellos el *Lucrecio* de Felipe de Vendome; al cabo de una semana, todos los antiguos textos hebraicos y griegos de los dos testamentos habían vuelto al pabellón, y durante un mes entero cada noche abandonaban sus estantes para emprender misteriosamente el mismo camino. Otros no se sabe dónde iban a parar.

Al oír aquellos relatos fantásticos, Renato d'Esparvieu limitóse a contestar, sin compadecerse de su bibliotecario:

—¡Pobre señor Sariette! Lo que me cuenta es muy extraño; en verdad, es muy extraño.

Y cuando al señor Sariette se le ocurrió presentar una denuncia o advertir al comisario de policía, Renato d'Esparvieu exclamó:

—¡Qué cosas me propone! ¡Divulgar los secretos do-

mésticos! ¡Atraer la curiosidad!... ¡Ni lo piense usted siquiera, señor Sariette! Yo tengo enemigos y no me apura, porque todos los hombres importantes los tienen; pero me desagradaría mucho verme atacado dentro de mi partido por realistas fervientes, que son buenos católicos, no lo dudo, pero malos cristianos... Cuando estoy seguro de que me discuten, me vigilan y me acechan ¡me propone usted que entregue a la malicia de los periodistas un misterio cómico, una aventura burlesca, en fin, un asunto en el cual hacemos usted y yo muy triste figura! ¿Piensa usted ponerme en ridículo?...

Al cabo, y como consecuencia de su conversación, decidieron cambiar todas las cerraduras de la biblioteca. Pidieron presupuestos; llegaron los operarios. Durante mes y medio el hotel d'Esparvieu se estremecía desde por la mañana hasta por la noche a los golpes de los martillos, al chirrido de las barrenas y al rechinar de las limas. Las antiguas cerraduras sencillas y fáciles, fueron reemplazadas en las puertas de las salas y de los armarios por otras más complicadas y resistentes, y sólo hubo ya cerraduras de combinaciones, candados de letras, cerrojos de seguridad, barras, cadenas, avisadores eléctricos. Tanta quincallería daba horror. Los palastros relucían y los pestillos rechinaban. Para abrir cada sala, cada armario, cada cajón, era indispensable conocer un número cuyo secreto guardaba el señor Sariette, quien se llenó la cabeza de nombres raros y de cifras enormes que barajaba y confundía en esas criptografías, en esas combinaciones numerales, cuadradas, cúbicas, triangulares. Muchas veces no sabía cómo abrir una puerta o un armario, pero a la mañana siguiente las encontraba todas de par en par, y los libros revueltos, maltratados, robados.

Un guardia de orden público encontró una noche, caído en la calle Servandoni, un folleto de Salomón Reinach acerca de la identidad entre Barrabás y Jesús. Como tenía el sello de la biblioteca d'Esparvieu se lo devolvió a su propietario.

Sin tomarse la molestia de advertírsele al señor Sariette, decidióse Renato d'Esparvieu a consultar el caso con uno de sus amigos, magistrado y hombre digno de toda confianza, el señor Aubels, que había instruído varios procesos importantes. Era un hombre rechoncho, coloradote y tan calvo que su cabeza parecía una bola de billar. Entró una mañana en la biblioteca fingiendo aficiones bibliográficas, pero al momento demostró que nada sabía de libros. Mientras los bustos de los filósofos se reflejaban formando círculo sobre su cráneo reluciente, dirigió varias preguntas insidiosas al pobre señor Sariette, que se turbaba y se ruborizaba porque los inocentes se hallan mucho más propensos a la emoción. Desde entonces abrigó el señor Aubels la vehemente sospecha de que el propio señor Sariette era el autor de aquellos latrocinios que denunciaba horrorizado; se propuso inmediatamente perseguir a los cómplices del crimen, sin cuidarse de indagar los motivos, porque motivos nunca faltan: se pueden suponer fácilmente. Dijo a Renato d'Esparvieu que mandaría vigilar el hotel con la mayor reserva, y encomendó este servicio a la Prefectura.

—Yo procuraré que destinen a Mignon, un agente incomparable, perspicaz, cauteloso.

A la mañana siguiente Mignon se paseaba, desde las seis, frente al hotel d'Esparvieu. Con la cabeza hundida entre los hombros, lucía su cabellera ensortijada bajo las alitas del hongo acartonado; con la mirada in-

vestigadora, un enorme bigote negro, manos y pies gigantescos, y todo él de aspecto llamativo, paseaba solemnemente desde la primera pilastra del hotel de la Sordiere, hasta el otro extremo de la calle Garancière. Ya no fué posible acercarse al hotel d'Esparvieu sin sentirse vigilado, reconocido minuciosamente, no sólo hasta en los menores movimientos, sino en las más íntimas ideas. Mignon era un ser prodigioso, dotado de facultades que la Naturaleza suele negar a los hombres. No comía ni dormía, y a todas horas, bajo el sol, el viento y la lluvia, estaba cerca del hotel en guardia permanente, sin que nadie pudiera evitar la influencia de sus ojos abrumadores que, no sólo desnudaban a los transeúntes y a los visitantes, sino que les mondaban los huesos; tal era la sensación insoportable experimentada en un segundo, mientras el agente proseguía impasible su paseo. Mauricio juraba que no volvería a poner los pies en su casa para no verse radiografiado de aquel modo inaudito; su madre y su hermana Berta se dolían de aquella mirada penetrante que ofendía la casta modestia de sus almas, y a la señorita Caporal, institutriz del niño, la producía una sensación angustiosa. Exasperado Renato d'Esparvieu, cada vez que salía o entraba, calábase hasta los ojos el sombrero para evitar en lo posible los efectos de la mirada escrutadora, y maldecía al pobre Sargette causante, a su juicio, de todo aquel disturbio. Los que solían frecuentar la casa, como el reverendo padre Patouille y el tío Cayetano, se hicieron desear; las visitas de amigos eran menos cada vez, los proveedores resistíanse a llevar sus mercancías, y los coches de importantes almacenes apenas se atrevían a detenerse. Pero donde tan extrema vigilancia produjo mayores desórdenes, fué entre la servidumbre. El ayuda

de cámara, acostumbrado a salir en busca de la mujer del zapatero que se hallaba sola en su casa todas las tardes, temeroso de la mirada del policía consideró el hotel insoportable y se despidió de los señores. Odilia, la doncella de la señora d'Esparvieu, no atreviéndose a recibir por las noches en su buhardilla, después de haberse acostado la señora, a Octavio, el más guapo de los dependientes de la librería próxima, estaba triste, irritable, nerviosa; al peinar a la señora la tiraba del pelo, la respondía insolente, y provocaba con manifiestas insinuaciones al señorito Mauricio. La cocinera, mujer formal y cincuentona, tampoco recibía ya las visitas de Augusto, mozo del almacén de vinos de la calle de Servandoni; e incapaz de soportar una privación tan contraria a su temperamento, se volvió loca, llegó a servir en la mesa de sus amos un conejo crudo, y dijo que el Papa quería casarse con ella. Por fin, después de dos meses de una asiduidad sobrehumana, contraria a todas las leyes conocidas de la vida orgánica y a las condiciones esenciales de la economía animal, por no haber advertido nada sospechoso el agente Mignon suspendió su vigilancia y se fué, sin admitir ninguna gratificación. Los libros de la biblioteca seguían danzando de aquí para allá todas las noches.

—Hemos averiguado una cosa—dijo el señor Aubels—. Puesto que nadie se lleva los libros, el malhechor está dentro de la casa.

Este magistrado supuso que, sin interrogatorios y sin investigaciones, podrían descubrir al criminal.

A media noche de un día previamente fijado, mandó extender sobre el suelo de la biblioteca, en los escalones y los descansillos, en el vestíbulo, en el paseo del jardín que conducía al pabellón de Mauricio y en el

recibimiento del pabellón, una capa de polvo de talco. A la mañana siguiente el señor Aubels, asistido por un fotógrafo de la Prefectura y acompañado por Renato d'Esparvieu y el viejo Sariette, quiso verificar las huellas. No encontraron nada en el jardín, porque el viento había barrido el polvo de talco; tampoco encontraron nada en el pabellón, porque Mauricio lo había barrido con la escobilla de la chimenea, «por suponer que se trataba de una broma», según dijo; pero lo cierto era que había borrado las pisadas de Odilia. En la escalera del hotel y en la biblioteca pudieron comprobar las huellas ligerísimas de un pie desnudo, que parecía haberse deslizado en el aire, apoyándose nada más de cuando en cuando, a bastante distancia y sin gravitar. En conjunto sólo encontraron cinco señales, y la más concluyente apareció en la sala de los Bustos y de las Esferas, junto a la mesa donde se veían los libros amontonados. El fotógrafo de la Prefectura esmeróse al reproducir varias veces aquella traza.

—Esto es lo más horrible de todo—murmuró el señor Sariette.

El señor Aubels quiso, inútilmente, disimular su extrañeza.

A los tres días, el servicio antropométrico de la Prefectura devolvía las pruebas fotográficas y aseguraba que no había, entre las fichas coleccionadas, ninguna forma semejante. Cuando acabaron de comer, Renato enseñó aquellas fotografías a su hermano Cayetano, quien después de examinarlas con atención profunda y en silencio, dijo:

—¡Cómo han de tener fichado en la Prefectura el pie de un dios o de un atleta antiguo! La planta que ha dejado esta señal es de una perfección desconocida en

nuestras razas y en nuestros climas; manifiesta unos pulgares de exquisita elegancia y un talón divino.

Renato d'Esparvieu aseguró que su hermano estaba loco.

—¡Es un poeta!—suspiró la señora d'Esparvieu.

—Tío—dijo Mauricio—, se enamorará usted del pie representado en esta fotografía, si alguna vez lo encuentra.

—Esto mismo le aconteció a Bibiano Denon cuando fué a Egipto con Bonaparte—respondió Cayetano—. Denon encontró en un hipogeo de Tebas, violado por los árabes, un piececito de momia de maravillosa belleza, y mientras lo contemplaba fervorosamente, pensó: «Es el pie de una joven, de una princesa, de una mujer encantadora; ninguna clase de calzado desfiguró su forma perfecta.» Denon lo admiró, lo adoró, lo gozó. Puede verse un dibujo de aquel piececito de momia en el atlas del viaje de Denon a Egipto, que sin molestarnos hojearíamos ahora, si el pobre Sariette lo consintiera.

A veces, desde su cama, despertado a las altas horas de la noche, Mauricio creía oír el roce producido al volver las hojas de un libro, y el golpe de un volumen encuadernado al caer sobre la madera del suelo, en la antesala del pabellón.

Una noche, ya de madrugada, cuando al regresar del círculo, donde había jugado con mala suerte, se detuvo ante la puerta del pabellón para buscar en sus bolsillos las llaves extraviadas, percibieron claramente sus oídos una tenue voz que decía:

«Conocimiento ¿adónde me conduces? ¿Adónde me arrastras, imaginación?»

Pero al entrar en sus dos habitaciones no encontró a nadie, y supuso que le habían zumbado los oídos.

CAPÍTULO VIII

Donde se habla de amor; cosa muy agradable, porque un cuento sin amor es tan insulso como un guiso sin sal.

No había nada que asombrase a Mauricio. Nunca trató de conocer la causa de las cosas, y vivía tranquilo en el mundo de las apariencias. Sin negar la Verdad eterna, perseguía, al capricho de sus deseos, las vanas formas.

Menos aficionado que la mayoría de los jóvenes de su generación a los deportes y a los ejercicios violentos, entregábase inconscientemente a la vieja tradición erótica de su raza. Los franceses fueron siempre los hombres más extremados en la galantería, y no se hallan dispuestos a renunciar este prestigio. Mauricio lo conservaba; sin enamorarse de ninguna mujer, amaba por amar, como dice San Agustín. Después de rendir un justo homenaje a la belleza indestructible y a los secretos encantos de la señora de la Verdelière, había saboreado las ternuras precipitadas de una joven artista lírica llamada Luciola. Al presente soportaba sin entusiasmo las perversidades elementales de Odilia, la doncella de su madre, y las adoraciones lacrimosas de la bella señora de Boittier. Mauricio sentía un vacío muy grande en su corazón; pero al entrar un miércoles en la sala donde su madre hablaba con señoras, en su mayoría austeras y sin atractivos, entremezcladas con res-

petables caballeros y jóvenes imberbes, descubrió a la señora de Aubels, la esposa del magistrado a quien Renato d'Esparvieu consultó vanamente acerca del misterioso saqueo de la biblioteca. Gilberta era joven, y Mauricio la hizo justicia al considerarla hermosa; su cuerpo había sido modelado por el Genio de la Especie, y ningún otro Genio intervino en aquella obra, por cuya razón en ella todo despertaba el deseo, y nada, ni en su forma ni en su esencia, inclinaba el espíritu a otra clase de sentimientos. La idea que mantiene el equilibrio de los mundos impulsó a Mauricio hacia aquel ser delicioso; y la ofreció el brazo para llevarla a la mesa de té. Mientras ella lo tomaba, él dijo:

—Podríamos arreglarnos muy bien los dos. ¿Conviene?

Al hablar de este modo, atendido a las prácticas modernas con objeto de suprimir estúpidas galanterías, evitaba a la hermosa mujer la molestia de oír una de las antiguas declaraciones, imprecisas y vagas, que no requieren una respuesta clara y concreta. Como en el breve tiempo de que disponía, era muy difícil entablar un diálogo persuasivo, al verse junto a la señora de Aubels la hizo proposiciones concisas y apremiantes. Por lo que podía juzgarse Gilberta estaba mejor construída para provocar el deseo que para sentirlo, pero segura de que no era otro su destino entregábase a las prácticas del amor complaciente y gozosa. Mauricio no la desagradó, y solamente lamentaba que no fuese huérfano, porque sabía por experiencia los disgustos que pueden ocasionar a las mujeres sus relaciones con hijos de familia.

—¿Acepta usted?—preguntó él, apremiante.

Ella fingió no entenderlo; tenía en su mano inmóvil

un emparedado de *foie-gras* junto a los labios, miró a Mauricio como sorprendida, y le preguntó:

—¿Qué?

—Lo que usted sabe.

La señora de Aubels bajó los ojos, bebió un sorbo de té y se quedó silenciosa, porque su pudor no estaba rendido todavía.

Sin embargo, Mauricio atrevióse a proponerle, mientras le quitaba de las manos la taza vacía:

—El sábado, a las cinco; calle de Roma, ciento veintiséis, en el entresuelo de la derecha. Dé tres golpecitos en la puerta.

La señora de Aubels miró tranquilamente a Mauricio con sus ojos claros y severos, y paso a paso, acercóse de nuevo al círculo de mujeres honradas, entretenidas en aquel momento por el senador Le Fol que detallaba el funcionamiento de las incubadoras artificiales en la Colonia agrícola de Santa Juliana.

El sábado siguiente Mauricio esperó en su entresuelo de la calle de Roma la visita de la señora de Aubels, y la esperó en vano. Ninguna manecita dió aquella tarde a la puerta los tres golpes de rigor. Mauricio se desbordó en imprecaciones contra la ausente, irritado la llamaba «cochina» y «lagartona», pero se contenía para no pronunciar a voces tales palabras. Su esperanza burlada, sus deseos frustrados le condujeron a mostrarse injusto, ya que la señora de Aubels no merecía tales calificativos por no haber ido adonde no prometió ir; pero solemos apreciar las acciones humanas conforme al placer o al disgusto que nos ocasionan.

Mauricio no volvió a presentarse en el salón de su madre hasta quince días después de la proposición atrevida que hizo junto a la mesa de té. Cuando él entró, ha-

cía ya treinta minutos que la señora de Aubels había llegado. La saludó friamente, sentóse muy distante de ella fingió poner atención en lo que se hablaba.

—...Dignos el uno del otro—decía una voz varonil y bien timbrada—, los dos adversarios hallábanse bien pertrechados para sostener una lucha terrible y dudosa. El general Bol, con tenacidad inaudita, se mantenía, por decirlo así, como arraigado en el suelo; el general Milpertius, dotado de una agilidad sobrehumana, ejecutaba evoluciones de una rapidez abrumadora en torno de su adversario impasible. La batalla proseguía con encarnizamiento feroz. Todos nos angustiábamos...

El general d'Esparvieu relataba las maniobras de otoño a las señoras, que le oían emocionadas. Era su conversación amena y agradable. Después hizo un paralelo entre la táctica francesa y la táctica alemana, precisó los caracteres distintivos de cada una, y puso de relieve sus condiciones con serena imparcialidad; no dudaba en suponer que ambas eran ventajosas, y describió la alemana al nivel de la francesa, con gran asombro de sus oyentes, descorazonadas, abatidas, cuyos rostros, alargados y ensombrecidos ya, daban muestras de su desencanto. Paulatinamente, a medida que detallaba más y más las dos tácticas, el general presentaba la francesa desenvuelta, sutil, vigorosa, rebosante de gracia, inteligencia y alegría, mientras la alemana caracterizábase por lo pesado, torpe y retenido de sus movimientos; y poco a poco las caras de las señoras, iluminadas por una sonrisa triunfal, recobraban su expresión serena. El general, decidido a merecer las bendiciones de aquellas madres, de aquellas esposas, de aquellas hermanas, de aquellas amantes, les hizo saber que su ejército estaba en disposición de aplicar la táctica alemana en lo que

podría tener de ventajosa, mientras los alemanes no estaban en condiciones de usar la táctica francesa.

Al oír estas palabras el señor Truc de Ruffec, que organizaba una sociedad patriótica, «La esgrima al alcance de todos»—hasta de los niños de pecho—con objeto de regenerar la Francia y asegurarle una positiva superioridad sobre sus adversarios, llamó aparte al general y le comunicó que le nombraría presidente honorario.

Entre tanto Mauricio se interesaba en la conversación que una anciana muy afectuosa sostenía con el reverendo padre Lapetite, limosnero de la Asociación de la Preciosa-Sangre. La buena señora, muy afligida en los últimos tiempos por lutos y enfermedades, ansiosa de saber por qué somos tan infelices los mortales, se lo preguntaba al padre Lapetite.

—¿Cómo se explica usted las calamidades que padece la Humanidad, las epidemias, las hambres, las inundaciones y los terremotos?

—Es muy conveniente que, de cuando en cuando, se haga notorio el poder de Dios—respondió el padre Lapetite con celestial sonrisa.

Mauricio se fingía interesado en aquella conversación. Luego, como si le atrajera mucho, clavó los ojos en la señora Fillot-Grandin, joven y hermosa, pero tan inocente y simple, que ni su lozanía era provocativa ni su carne codiciada. Una señora vieja, desagradable y entrometida, con hábito de humilde estameña y orgullosa de pertenecer al grupo de banqueros cristianos, exclamó con voz chillona:

—Por lo visto, señora d'Esparvieu, sufren ustedes algunas contrariedades; los periódicos hablaron, embozadamente, de abusos y de malversaciones cometidos en

la rica biblioteca que poseen ustedes; también decían algo de sustracción de documentos...

—¡Ah!—insinuó la señora d'Esparvieu—, ¡si creyéramos todo lo que dicen los periódicos!...

—Menos mal que, al cabo, se pudieron recuperar los tesoros perdidos.

—La biblioteca está perfectamente ordenada—aseguró la señora d'Esparvieu—; no falta ni un papel en ella.

—La biblioteca está en el segundo piso, ¿verdad?—preguntó la joven señora de Aubels, y de pronto manifestó hacia los libros un interés inesperado.

La señora d'Esparvieu respondió que la biblioteca ocupaba todo el segundo piso, y en el desván estaban los libros menos importantes.

—Me agradaría mucho verla.

Después de contestarle que podría satisfacer inmediatamente aquel deseo, la señora de la casa dijo a Mauricio:

—Acompaña a la señora de Aubels que quiere visitar la biblioteca.

Mauricio se levantó y, sin pronunciar ni una sola palabra, subió al segundo piso detrás de la señora de Aubels. Mostraba indiferencia y se complacía interiormente, seguro de que Gilberta fingió el deseo de ver los libros con el propósito de hablar a solas con él. Así acariciaba la idea de repetirle sus ofrecimientos en la seguridad de que serían aceptados.

Bajo el busto romántico de Alejandro d'Esparvieu, un viejecito silencioso, pálido y lento los recibió, y los miró con sus ojos fatigados, en los que había una expresión habitual de inquietud resignada.

—No interrumpa usted su trabajo, señor Sariette—se

apresuró a decir Mauricio—. Enseño la biblioteca a la señora de Aubels.

Mauricio y la señora de Aubels entraron en el salón cuyas cuatro paredes, cubiertas de armarios llenos de libros, cobijan los bustos bronceados de los poetas, de los filósofos y de los oradores de la antigüedad. Todo reposaba en un orden tan absoluto que parecía no haberse interrumpido nunca; sólo se advertía un hueco hasta pocas horas antes ocupado por un manuscrito inédito de Ricardo Simón. Siguiendo los pasos de la juvenil pareja y a distancia respetuosa, lívido, borroso, callado, andaba como una sombra el señor Sariette.

Mauricio clavó en la señora de Aubels una mirada molesta y agresiva como un reproche:

—¡Estuvo usted muy poco amable conmigo!

A la seña que hizo la señora para advertirle que los oía el bibliotecario, Mauricio respondió:

—Tranquilícese usted, ni oye ni entiende; se ha vuelto completamente idiota.

Y volvió a la carga.

—No, no estuvo usted galante conmigo. Yo la esperé y usted no acudió. Me hizo usted sufrir.

Después de un silencio, durante el cual resonaba el canto suave y triste del asma en los bronquios del pobre Sariette, Mauricio insistió con vehemencia:

—Hizo usted mal.

Gilberta preguntó:

—¿Mal? ¿Por qué?

—Porque no accedió a mis propósitos.

—¿Aún piensa usted en ello?

—¡No he de pensar!

—Luego, ¿hablaba usted seriamente?

—Con la mayor seriedad posible.

Enternecida por la firmeza que revelaba la tenacidad con que se repetía el mismo propósito, y segura de haberse resistido lo bastante, Gilberta concedió a Mauricio lo que le había negado quince días atrás.

Se deslizaron hacia el hueco de una ventana, refugiándose tras la enorme esfera celeste donde se veían grabados los signos del Zodíaco y las figuras de las constelaciones; y allí, con los ojos fijos en León, Virgo y Libra, en presencia de una multitud de Biblias, ante las obras de los Padres griegos y latinos, bajo las imágenes de Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Herodoto, Tucídides, Sócrates, Platón, Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Horacio, Séneca y Epicteto: en prenda del amor que se prometían se dieron un largo beso en la boca. Inmediatamente la señora de Aubels recordó que, por tener muchas visitas urgentes aquella tarde, no podía entretenerse más. El amor nunca la cegó lo bastante para hacerla olvidar sus atenciones mundanas.

Disponíase a bajar la escalera, del brazo de Mauricio, cuando les hizo volver la cara un grito ronco, y vieron al señor Sariette que, lanzándose al descansillo, fuera de sí, vociferaba:

—¡Detenedle! ¡Detenedle!... ¡Ha volado!... Yo lo he visto levantarse y abandonar su tabla... Vedlo, vedlo... ha cruzado la habitación... ¡Ahora vuela sobre la escalera!... ¡Detenedle!... Ya está en el piso bajo...

—¿Quién?—preguntó Mauricio.

El señor Sariette, asomado a la ventana del descansillo, prosiguió su relato espantoso:

—¡Atraviesa el jardín!... ¡Entra en el pabellón!... ¡Detenedle!... ¡Detenedle!...

—Pero ¿a quién?—volvió a preguntar Mauricio—. Por Dios santo ¿qué ocurre?

—¡Mi Flavius Josephus!—exclamó el señor Sariette—. ¡Detenedle!...

Y cayó pesadamente de espaldas.

—Ya ve usted cómo está loco—dijo Mauricio a la señora de Aubels, mientras levantaba al pobre bibliotecario.

Gilberta palidecía, y dijo que también creyó ver algo en la dirección indicada por el viejo Sariette. Mauricio no había visto nada, pero creyó sentir como una ráfaga de aire.

Soltó el cuerpo del señor Sariette entre los brazos de Hipólito y del ama de llaves que acudieron a las voces.

El viejo sangraba, porque al caer se hirió en la cabeza.

—Mejor—dijo el ama de llaves—. La sangre que pierde tal vez le libre de una congestión.

La señora de Aubels dió su pañuelo para restañar la herida, y encargó que le pusieran una compresa de árnica.

CAPITULO IX

Donde se muestra que, según dijo un poeta griego, «nada es tan dulce como la adorada Afrodita».

Aun cuando hacía ya seis meses que gozaba los encantos de la señora de Aubels, Mauricio la deseaba todavía. Es verdad que las vacaciones los separaron. Por carecer de dinero para obrar con independencia, Mauricio se fué con su madre a Suiza y luego se redujo a la

vida familiar en el castillo d'Esparvieu. Gilberta pasó el verano en casa de su madre, en Niort, y el otoño en una modesta playa normanda, con su marido. Apenas pudieron verse cuatro o cinco veces. Desde que el invierno, propicio a los amantes, volvió a reunirlos en la ciudad, bajo su manto de bruma, Mauricio la recibía dos veces por semana en su entresuelo de la calle de Roma donde no entraba ninguna otra mujer. Nunca sus amigas le inspiraron sentimientos que asegurasen de tal modo su constancia y su fidelidad. Contribuía mucho a sostener su ilusión gozosa la creencia de que Gilberta le amaba, y sin detenerse a comprobar de ningún modo aquel supuesto, la creyó incapaz de engañarle, y consideró evidente, natural, que sus amores la dejaran satisfecha; pero le desagradaba mucho verla acudir a todas las citas con retraso, mayor o menor, siempre considerable y molesto.

El sábado 30 de enero, elegantemente vestido con su pijama rameado Mauricio esperaba a la señora de Aubels en el gabinete rosa junto a una lumbre llameante, y fumaba tabaco de Oriente. Al principio imaginó recibirla con besos exaltados y caricias locas; a los quince minutos meditaba reproches afectuosos y graves; al fin, después de aguardarla inútilmente durante una hora, se dispuso a recibirla con despreciativa frialdad.

Gilberta llegó tranquila y perfumada.

—Para qué te has molestado en venir...—la dijo él amargamente, mientras ella dejaba sobre la mesa el manguito y el bolso, y frente al armario de luna se desprendía el velillo.

Aseguró a su amante que jamás había sentido tanta impaciencia por llegar, y justificó su retraso con abundantes excusas, que Mauricio rechazaba obstinadamen-

te. Cuando ella tuvo el acierto de callar, él dió fin a sus reproches: ya nada le distraía de su deseo.

Nacida para encantar y complacer, ella se desnudó tranquilamente, segura de que la belleza de sus formas daba un aspecto decoroso a su completa desnudez. Mauricio la gozó primero con el terrible furor de un hombre impulsado por la Necesidad soberana de los hombres y de los dioses. Bajo aparente debilidad tenía Gilberta resistencia bastante para sufrir los asaltos de la diosa inevitable. Después la gozó con menos ahinco, sometiéndose a las prácticas de la Venus erudita y según las maneras de los Eros ingeniosos. A su natural vigor se unieron entonces las invenciones de un ingenio lascivo, como se enrosca el pámpano en torno del tirso de las Bacantes. Seguro de que la complacían aquellas diabluras, las prolongó todo lo posible, porque es propio de los verdaderos amantes procurar la satisfacción del objeto amado. Al fin se rindieron uno y otro a una silenciosa y mustia languidez.

Las cortinas cerradas sumergían el aposento en una tibia obscuridad; jugueteaban las llamas indecisas entre los tizones humeantes, y su inquieto resplandor proyectaba fosforescencias sobre las carnes y las ropas; los espejos del armario y de la chimenea se cubrían de claridades misteriosas. Y Gilberta meditaba, con el codo apoyado sobre los almohadones del lecho. Un humilde industrial, un joyero de toda su confianza, inteligentísimo por añadidura, le había enseñado un brazalete maravilloso; perlas y zafiros; una preciosidad que podría obtenerse a muy bajo precio. Una mujer galante se lo había llevado en un momento de apuro para que le buscara comprador lo antes posible; difícilmente se presentaría otra oportunidad como aquella.

—¿Quieres verlo, amiguito? El joyero no tendrá inconveniente en dejármelo traer.

Mauricio no se negaba, pero era ostensible su indiferencia hacia semejante proposición.

—Cuando los joyeros, por humilde que sea su negocio—dijo—pueden adquirir una joya de valor a ínfimo precio, no renuncian a la ganancia en provecho de un cliente. Por añadidura, las joyas tienen cada vez menos valor, porque las mujeres elegantes ya no las usan; se apasionan por los sports, y las joyas son el enemigo de los sports.

Al expresarse de aquel modo Mauricio faltó abiertamente a la verdad, porque acababa de regalar a su querida una chaqueta de pieles, y le parecía muy pronto para ocuparse de obsequiarla otra vez. Sin ser avaro tampoco era generoso ni podía serlo, porque sus padres no atendían a sus gastos con esplendidez, y las deudas le abrumaban más y más de día en día. Someterse con facilidad al capricho de su amiga pudiera dar por resultado que, satisfecho aquél, fraguara otros más apremiantes. No creía tan ventajosa como Gilberta le aseguraba la adquisición del brazalete, y tenía empeño en que sus generosidades fuesen espontáneas, de su propia iniciativa, sin obedecer a indicaciones opresoras. Además, imaginaba que si se hacen muchos regalos nunca se tiene la seguridad de ser preferido por las condiciones personales.

Siempre dulce y moderada, la señora de Aubels no sintió enojo ni sorpresa ante aquella actitud de su amante; conocía bien a los hombres, los tomaba como son, muy segura de que siempre se disponen a dar lo menos posible, y sólo de las mañas de la mujer depende que den cuanto ella desea.

Al encenderse de pronto un farol de gas en la calle, se filtró la luz entre las cortinas cruzadas.

—Las seis y media ya—dijo ella—. Voy a vestirme.

Al sentir aquel aletazo del tiempo que huía presuroso, reanimáronse las fuerzas de Mauricio y reverdeció su deseo. Pálida y radiante, con el cuello rígido, los ojos en blanco, los labios entreabiertos, Gilberta se complacía en su éxtasis apasionado y exhalaba un profundo suspiro; de pronto, rápida y violentamente, arqueó el cuerpo, volvió la cabeza y gritó espantada:

—¿Qué hay allí?

—Cálmate—dijo Mauricio que la retenía entre sus brazos.

En aquel instante, Mauricio se hallaba en tal situación que no le disuadiera de su propósito ni el cielo desplomado sobre su nuca; pero Gilberta se apartó de un salto, y acurrucada en un rincón de la alcoba, detrás de la cama, muda de horror, señalaba con el índice a una figura aparecida en la estancia entre la chimenea y el armario de espejo. Luego, sin ánimo para soportar aquella aparición, casi a punto de desmayarse, cubrióse la cara con las manos.

CAPÍTULO X

Infinitamente más atrevido que las imaginaciones del Dante y de Milton.

Al fin Mauricio volvió la cabeza, se le apareció la figura, y al cerciorarse de que se movía sintió miedo a su vez. Entre tanto, al salir de su desmayo Gilberta imaginó que su amante habría escondido alguna querida en la estancia, y esta suposición fué suficiente para desatar su ira y su despecho creyéndose traicionada. Señaló a su pretendida rival y, ciega de cólera, dijo:

—¡Una mujer!... Una mujer ¡desnuda todavía!... ¡Me traes a la misma alcoba donde recibes a toda clase de mujeres, con tan poca delicadeza, que al entrar yo ellas no han tenido aún tiempo de vestirse! ¡Y te quejas de que llego tarde! ¡Acabemos de una vez! ¡Dile a esa pájara que se vaya!... Y si tu propósito era recibirnos a las dos juntas, debiste preguntarme si me prestaba yo a esta combinación...

Mauricio, con los ojos desmesuradamente abiertos buscaba a tientas sobre la mesa de noche un revólver, que no hubo allí nunca, y susurró al oído de su amiga:

—¡Cállate! No es una mujer. Apenas lo distingo, pero casi aseguraría que es un hombre.

Gilberta volvió a taparse los ojos con las manos, y gritó desaforadamente:

—¡Un hombre!... ¿Qué hace ahí un hombre? ¡Un ladrón!... ¡Un asesino!... ¡Socorro! ¡Socorro!... Mauricio ¡mátale! ¡mátale!... ¡Da luz!... ¡No des luz!